

LA PREPARATORIA

- Por Javier de las Heras Molinos. Antigo alumno y profesor del Instituto -

Las anécdotas que se narran a continuación sucedieron en Aranda en los primeros años de la década de los sesenta.

Me piden que para conmemorar el 75 aniversario del, en aquellos tiempos, Instituto Nacional de Enseñanza Media Cardenal Sandoval y Rojas, escriba algunos recuerdos de mi paso por él como alumno. Como otros amigos escribirán sobre el propio instituto, yo prefiero hacerlo sobre un curioso apéndice que tenía este centro y que acogía a alumnos que iban de los siete a los diez años. Se trataba de la llamada Preparatoria, la “prepa” para nosotros.

Se trataba de un par de aulas, una para chicos en el primer piso y otra para chicas justamente debajo, a cargo de un par de maestros nacionales. No recuerdo el nombre de la maestra encargada del aula de alumnas pero sí del que se ocupaba de nosotros: Don Jesús Peñalba Báscones. Había surgido esta especie de escuela, no sé a iniciativa de quién, a imitación de la existente en el Instituto Ramiro de Maeztu de Madrid y a ella se refería con frecuencia Don Jesús (que así le llamaré en adelante) con patente admiración.

La verdad ante todo, creo que la mayoría de nosotros lo pasábamos bien con Don Jesús, un maestro nacional al que sorprendió la guerra civil, no sé bien si antes o después de sus estudios de magisterio, en el bando de los nacionalistas. A ella se refería cada dos por tres relatándonos algunas batallas y repitiéndonos una y otra vez las cuatro condecoraciones que había obtenido en la contienda, razón por la cual se le conocía por un despiadado apodo que no nombraré aquí; a menudo repetía la cruel anécdota del moro que alcanzado por un obús (creo que en el trasero) decía **“moro morir en España pero resucitar en África”**. No hacía tantos años que había terminado la Segunda Guerra Mundial y todavía estaban muy recientes algunos acontecimientos bélicos que Don Jesús nos relataba entre dictado y dictado del Quijote, sin ocultar su admiración por el pueblo alemán (supongo que también por su ejército, cosa frecuente en la España de aquella época). Porque, eso sí, no nos libraba nadie de un **dictado diario** de unas cuantas líneas del libro de Cervantes que, poco a poco y sin querer, nos íbamos aprendiendo. Antes de empezar a escribir con esos infernales palilleros con los que era casi imposible no echar un borrón, siempre había que tener cerca el secante, tintero de loza blanca en mano debíamos de guardar cola ante el inmenso frasco de tinta Pelikan para que nuestro maestro nos echara unas gotas de tinta con las que alimentar nuestros plumines. Conviene aclarar que en aquellos años los bolígrafos eran unos objetos lujosos y escasos. Al terminar el dictado nos lo corregíamos entre nosotros y, ¡ay de aquél que hubiera puesto “aber” sin hache! ... La escena de la cola se repetía también cuando tocaba caligrafía. “El plumín debe ir suave hacia arriba y fuerte hacia abajo” nos repetía incansablemente.

Visto con la distancia que da el tiempo transcurrido, y trabajando yo mismo en el mismo oficio que Don Jesús, aunque con alumnos mayores, creo que, aunque alguno de mis antiguos compañeros no estén de acuerdo, era un buen maestro. Quizás los

de aquella época no poseían un conocimiento enciclopédico pero tenían muy claro qué era lo que había que enseñar a sus alumnos, el cómo hacerlo y, además, cosa que normalmente no sucede ahora, contaban con el apoyo y la complicidad de la mayoría de los padres.

De repente acuden a mi cabeza un montón de anécdotas. Espero que no hayan sido deformadas por el paso del tiempo. Voy a contar algunas de ellas. Ocultaré una de la que, muy a mi pesar, fui protagonista y que me tuvo expulsado en casa durante tres días por haberme tirado (sin querer, lo juro) una ventosidad. También obviaré otras en las que algunos de mis amigos de entonces no salen muy bien parados.

Por ejemplo la que se refiere a las **inquietudes antropológicas** de Don Jesús. Todos los años nos pesaba, medía nuestra estatura (por cierto con un aparato que, al igual que los poliedros, le habían fabricado sus estudiantes de carpintería en la escuela de Artes y Oficios de la calle Carrequemada, de la que era director) y el perímetro de la cabeza con un extraño aparato metálico. Los datos los anotaba cuidadosamente en un cuaderno de tapas azules. Qué curioso sería contemplar ahora esos archivos, igual que las fotos que nos hacía con su máquina de retratar.

O la del genial modo de darnos a conocer que tuvimos el primer día de clase de uno de los tres años que yo pasé allí: **agurriarnos**. No se nos ocurrió un mejor modo de intimar con los nuevos alumnos que quedar en el cercano Ferial a la salida de clase por la mañana e iniciar una batalla “a cantazos”. Al volver por la tarde a clase, don Jesús se extrañó del elevado número de alumnos accidentados. Preguntando, rápidamente se enteró de lo sucedido y de inmediato puso en marcha medidas pedagógicas. Nos colocó en círculo de modo que cada uno de nosotros daba un tortazo al que quedaba a su derecha, y al completar la vuelta se invertía el sentido de giro de modo que devolviéramos el tortazo al que anteriormente le había golpeado.

Hoy llueve: todos a contar sellos durante el recreo. Dado que con frecuencia no podíamos salir al patio durante el recreo, nos entreteníamos contando sellos usados que le llevábamos los alumnos para ganarnos su confianza y que, previamente, habíamos despegado de su papel sumergiéndolos en unos baldes enormes llenos de agua. Hacíamos montoncitos de 25 sellos que no sabíamos a qué lugar iban a parar, si a los “negritos de la China” o las tiendas de coleccionistas de Madrid. Lo más seguro es que nuestro maestro los cambiara por otros, puesto que era un gran coleccionista o, ¿por qué no?, se ganara un sobresuelo en aquellos tiempos en los que los salarios de los maestros eran poco menos que miserables.

¡Serrano (nombre ficticio) **hoy no te has lavado ni peinado!** y el buenazo de Serrano le respondía: “Don Jesús, es que hoy el pozo estaba helado”. Anécdota rigurosamente cierta y contrastada con otros compañeros de la época.

El uso de la mula como recurso educativo. Bajando por la calle Santa Lucía el protagonista indirecto de nuestra historia resbaló con una cáscara de plátano dando con su cuerpo en el suelo y fracturándose algún hueso de la pierna, no sé

si tibia, peroné o ambos. Las semanas siguientes don Jesús acudió con muletas a clase pasando este objeto a ser empleado con fines altamente educativos. Cuando habíamos cometido alguna fechoría, nos golpeaba con ella en los dedos. Nuestro desafío consistía en moverlos hasta que estos quedaban a la altura de la goma terminal de la muleta, con lo cual el dolor era muy inferior. Eran tiempos en los que de vez en cuando nos llevábamos algún "tortazo pedagógico", sin que por ello hayamos sufrido, al menos aparentemente, ningún trauma. Creo que los psicólogos todavía no se habían inventado ...

La polvareda de los fines de trimestre. Al terminar cada uno de ellos teníamos la obligación de dejar nuestras mesas impolutas. Para ello nos presentábamos en clase con trozos de cristal o con papel de lija y antes de irnos a casa de vacaciones las mesas quedaban como una patena.

¿Quién cogerá la llave de la clase?. Los alumnos de bachillerato terminaban las clases hacia el veinte de Mayo,

quedando desde esa fecha el instituto sólo para nosotros. En esos días esperábamos a Don Jesús en el patio. Al llegar nos abría la puerta exterior y subíamos al pasillo dando comienzo a una curiosa batalla que consistía en ver quien era más hábil para agarrar la llave del aula que nuestro maestro nos arrojaba desde el descansillo superior de las escaleras. El que se hacía con ella tenía el honor (?) de abrir el aula. No sé, no termino de imaginarme a los alumnos de hoy pegándose para coger la llave del aula.

Al finalizar el curso ¡Caramelos Desi!. El último día del curso daba dinero a los mayores de la clase para que fueran a la fábrica de caramelos que había junto a la Plaza de Toros a comprar un saco gigantesco de dulces que repartía entre nosotros dándonos a cada uno caramelos a paladas. Tantos nos daba que no nos cabían en los bolsillos. Doble motivo para irnos contentos a casa.



Al finalizar el curso ¡Caramelos Desi!.